



ISLAS, FAROS Y SOLEDAD

Una novela premiada, que deja pensando

Esta nueva historia de Hernán Neira sugiere que ningún hombre es una isla, que todos formamos parte de un continente: la humanidad.

HERNÁN POBLETE VARAS

"No hay más islas que las de quienes eligen la soledad" se dice el narrador de esta historia que cuenta de islas físicas y espirituales, de ese desierto interior que, a veces, se impone al hombre a sí mismo. Hablamos de Hernán Neira y *El naufragio de la luz* (Ediciones B, Barrilona, 2004. Precio de referencia, \$7.000), novela que le valió el premio «Las dos orillas», concedido por el Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Ameland es una especie de ombligo del mundo, un lugar perdido entre el juego de las mareas, las arenas que cambian de sitio, los arrecifes que se oponen ruidosamente al arribo de los barcos. No muy lejos del continente (¿cuál continente, como lo sea la propia humanidad?),

Ameland está sola, apenas poblada por silenciosos habitantes, moradores de su propia soledad. Allí se construyó un faro, y a ese faro llega un día entre ráfagas de viento y espuma, el narrador de esta historia, para reemplazar al primero de sus habitantes, muerto ¿cómo? ¿acidente, suicidio, asesinato? De él sólo queda la duda y una hija, Manjika.

Ella parece humana, que se encuentra y desencuentra hasta el final sin final de esta aventura. Se aman, se desconocen, buscan y rehúyen un destino, se unen irremediablemente separados. Esquizofrenia, podría decir un lector partidario de las explicaciones concretas.

Demasiada sencilla solución para algo que se acerca más a la

alegoría que a los trastornos mentales. Ciertamente hay aquí una forma de locura, una forma de incomunicación exacerbada, tal vez un trastorno detonado por la soledad. Pero ¿de qué soledad hablamos si Manjika y el narrador se aman y aparecen

como seres complementarios frente al mutismo amenazante de los isleños, frente a los implacables juegos de la naturaleza, frente al mar embravecido, factotum o demiurgo?

Esas campanas "que están doblando por ti", según la conocida reflexión de John Donne popularizada tres siglos más tarde por Hemingway, parecen resonar también aquí: ningún hombre es una isla; todos formamos parte de un continente: la humanidad. Separados de

ella somos náutragos, como la escasa tierra de Ameland. Eso es lo que han perdido el narrador y Manjika, y que intrínsecamente buscan más allá de la niebla y el oleaje. Pero en esta novela aparece otro elemento perturbador no previsto en la metáfora de Donne: aquí, esa humanidad que pudo ser el hábitat de los enamorados es tan hostil como la naturaleza que rodea y perturba a Ameland.

¿Qué queda, entonces? Una soledad interior sin salida que le permita huir de sí misma. Tal vez eso sea *El naufragio de la luz* que nos señala el título de esta obra. No es tema frecuente en la literatura de estos días, tan distanciada de la humanidad como próxima a las alubias.

Hay que leerla y releerla y no sólo en sentido figurado: el "argumento", el tono de aventura de las primeras páginas (que le habría gustado a nuestro inolvidable Pancho Coloane) se retuerce, de pronto, sobre sí mismo y nos lleva a unos abismos interiores en que es difícil penetrar, como en los arrecifes de Ameland.

Una conveniente observación final: alguien dijo que la verdadera inspiración ocurre en el momento de corregir el texto ya elaborado. Algo de eso faltó aquí.



Una novela premiada, que deja pensando [artículo] Hernán Poblete Varas

Libros y documentos

AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una novela premiada, que deja pensando [artículo] Hernán Poblete Varas

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile